

Por la familia cristiana

Fiesta de la Sagrada Familia

Madrid, 30 de diciembre de 2007, Plaza de Colón

Por la familia cristiana

El Papa Benedicto XVI ha unido muy significativamente el final del año 2007 y el comienzo del 2008 con la promulgación de su encíclica sobre la esperanza cristiana y la decidida apuesta por la concreta esperanza de cada día en el mundo actual: la familia. Ofrecemos a nuestros lectores, íntegramente, todos los textos de la gran Celebración de la familia, que tuvo lugar, en la madrileña Plaza de Colón, el pasado 30 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia

Al contemplar el misterio del Hijo de Dios que vino al mundo rodeado del afecto de María y de José, invito a las familias cristianas a experimentar la presencia amorosa del Señor en sus vidas. Asimismo, les aliento a que, inspirándose en el amor de Cristo por los hombres, den testimonio ante el mundo de la belleza del amor humano, del matrimonio y la familia. Ésta, fundada en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, constituye el ámbito privilegiado en el que la vida humana es acogida y protegida, desde su ini-

cio hasta su fin natural. Por eso, los padres tienen el derecho y la obligación fundamental de educar a sus hijos, en la fe y en los valores que dignifican la existencia humana. Vale la pena trabajar por la familia y el matrimonio, porque vale la pena trabajar por el ser humano, el ser más precioso creado por Dios. Me dirijo de modo especial a los niños, para que quieran y recen por sus padres y hermanos; a los jóvenes, para que, estimulados por el amor de sus padres, sigan con generosidad su propia vocación matrimonial, sacerdotal o religiosa; a los ancianos y

enfermos, para que encuentren la ayuda y comprensión necesarias. Y vosotros, queridos esposos, contad siempre con la gracia de Dios, para que vuestro amor sea cada vez más fecundo y fiel. En las manos de María, «que con su *Sí* abrió la puerta de nuestro mundo a Dios» –en expresión de la encíclica *Spe salvi*–, pongo los frutos de esta celebración. ¡Muchas gracias y Felices Fiestas!

Benedicto XVI

Saludo a la multitud de familias participantes

Un bien precioso

Nos hemos reunido una multitud inmensa, venidos de cerca y de lejos, porque queremos manifestar abiertamente, en medio de la sociedad, nuestro aprecio por la familia cristiana a la que valoramos como un tesoro. La familia cristiana tiene unas señas de identidad que deseamos custodiar, conocer cada día mejor y promover en el mundo actual y en nuestra coyuntura histórica.

Esta celebración es festiva, porque el amor, la vida y la familia son realidades gozosas que alientan la esperanza. En esta fiesta de la Sagrada Familia, celebrada hoy de manera singular, estamos unidos al Papa Benedicto XVI, a quien escucharemos dentro de poco, para bendecir a Dios de quien procede toda familia y para apoyar en una concordia sin fisuras la familia cristiana.

Ante todo, queremos dar gracias a Dios por las familias cristianas. Ellas nos dicen con su misma existencia: ¡Es posible vivir el amor matrimonial en la fidelidad cotidiana, que los esposos en un día memorable de su vida sellaron en la presencia de Dios, que les prometió su compañía y su fuerza! ¡Es posible transmitir la vida, ejercitando en la mutua donación como esposos y en la responsabilidad de padres la esperanza en Dios que no defrauda, y cuida de sus hijos de generación en generación! El amor dilata el corazón y la esperanza vence el miedo para afrontar confiadamente la extraordinaria aventura de la vida. ¡Es posible superar las pruebas, que

en cada tramo del camino pueden aparecer, unidos a Jesucristo, cuya cruz es signo de amor hasta el extremo y de victoria sobre el mal y la muerte! La fidelidad no es escasa; las familias cristianas son incontables. Todos –hijos, familiares, amigos, Iglesia y sociedad– agradecen el amor generoso y paciente de los esposos, acrisolado y fortalecido por las pruebas. Merece la pena vigilar diariamente y luchar por superar los obstáculos y las crisis que surjan en el camino del amor; palpar la debilidad invita a apoyar la existencia en Dios, y a buscar ayuda en otras personas amigas. De la cruz nace la vida nueva, a través del sufrimiento surge el gozo, en las tinieblas brilla la luz. No es acertado desistir ante las dificultades tomando el camino quizá más cómodo en apariencia.

En este encuentro queremos también que resplandezca la verdad, la hermosura y la grandeza del matrimonio y la familia cristiana. Es una excelente vocación con una preciosa misión, bendecida por Dios al crear al hombre y a la mujer y convertida por Jesucristo en un *gran misterio* (Ef 5, 32). Cuando en ocasiones se califica a la familia cristiana como *tradicional*, da la impresión de que se la desacredita contraponiéndola a una supuesta familia *moderna*. Pero la palabra *tradicional* aplicada a la comunidad formada por el marido y la mujer con los hijos no significa la familia superada por el correr del tiempo, anacrónica y trasnochada. La familia es tradicional porque hunde sus raíces en la misma naturaleza

humana; es siempre antigua y siempre nueva; su vigencia es de ayer, de hoy y de mañana; la medida de la verdad y del amor es la perduración. La familia es tradicional como el *vino de solera*. Las adaptaciones que el paso del tiempo aconsejen a la sabiduría de los hombres deben conservar la condición genuina del matrimonio y de la familia.

La Iglesia quiere ofrecer a la sociedad la familia cristiana como un bien precioso; por eso hablamos del Evangelio del matrimonio y de la familia. Estamos convencidos de que la oferta de la familia cristiana como una Buena Nueva es uno de los servicios más valiosos que puede prestar la Iglesia a la Humanidad, ya que es un pilar seguro y estable en que padres e hijos asientan la vida y donde se fragua la sociedad en el amor y el respeto, en la paz y en la esperanza. Al acudir a la presente cita sobre la familia cristiana, estamos persuadidos de que nos acercamos a las fuentes de la vida, de la persona, de la Iglesia y de la sociedad, del presente y del futuro. El matrimonio y la familia son centro neurálgico de la Humanidad. Con la participación en este encuentro de hoy, al cual se unen innumerables familias también a través de los medios de comunicación, queremos mostrar nuestro empeño por acompañar a las familias en sus dificultades interiores y exteriores; necesitan razones para vivir y perseve-

rar; necesitan un ambiente propicio para desarrollarse serenamente, les debemos apoyos para cumplir su misión. A veces se oscurece hasta el mismo sentido y configuración de la familia; en medio de los llamados *modelos de familia* puede difuminarse lo que es la familia cristiana y hasta la misma familia como institución de la Humanidad. Existe el referente claro: la familia está fundada sobre el matrimonio, que es la unión estable por amor de un varón y de una mujer para su mutua complementación y para transmitir la vida y educar a los hijos. De la verdad del matrimonio y de la vitalidad humanizadora de la familia depende en gran medida la estabilidad y la esperanza de la sociedad; por esto todos debemos evitar lo que los dañe y promover lo que los favorezca.

Queridos amigos y amigas, sed bienvenidos a esta celebración singular en la fiesta de la Sagrada Familia. La trascendencia de la familia cristiana nos ha convocado a todos, ante la cual no podemos mostrarnos indiferentes ni mantenernos a distancia.

+ Ricardo Blázquez

obispo de Bilbao y Presidente
de la Conferencia Episcopal Española

¡Hay que despertar a las familias, al tejido social de España!

Queridas familias, con un pleno y cordial respeto a la distinción entre Iglesia y política; entre lo que pertenece a Dios y lo que pertenece al César (cf. Mt 22, 21), esta gran Fiesta de la Familia manifiesta nuestra preocupación por el bien común de España.

Sí. Preocuparse por el matrimonio y la familia es preocuparse por lo que es bueno para el hombre, la mujer y los niños, criaturas e imagen de Dios.

Esta gran convocatoria nos recuerda otra, celebrada hace tan sólo un año en Valencia: el Vº Encuentro Mundial de las Familias con Benedicto XVI. Esta celebración es como un eco de aquella magna asamblea. Estos Encuentros inolvidables son una grande y extraordinaria fiesta del pueblo, de la ciudadanía preocupada por la construcción de una sociedad mejor. Confirman que la familia de fundación matrimonial está profundamente arraigada en el corazón y en la vida de los españoles.

Los poderes públicos deben proteger y defender la familia, nunca socavar sus fundamentos. Por tanto, toda iniciativa del Estado a favor de la familia ha de ser apreciada y estimulada. El Parlamento europeo, inspirador de legislaciones sobre la familia, debería tomar buena nota de estas manifestaciones, expresión de la auténtica cultura europea. La cultura del laicismo radical es un fraude y un engaño. No construye nada. Sólo conduce a la desesperanza: por el camino del aborto, del *divorcio express* y de las ideologías que pretenden manipular la educación de los jó-

venes, no se llega a ningún destino digno del hombre y de sus derechos. Por ese camino no se respeta la Constitución española de 1978 y nos dirigimos a la disolución de la democracia.

Queridas familias, hemos de perder el miedo a manifestar con sencillez y alegría la verdad y la dignidad del matrimonio y de la familia. Estos encuentros no son triunfalismo: son un servicio generoso y alegre a la construcción de una sociedad mejor, fundamentada en la verdad, la libertad, la justicia y el amor. Hemos de repetir estos encuentros en cada una de nuestras diócesis. En una cultura dominada por los medios de comunicación es muy importante la visibilidad de los gestos. Hemos de fomentar estos encuentros de anuncio y testimonio.

Hay que despertar a las familias, al tejido social de España para trabajar por el bien común. Si somos fieles al Evangelio, aportaremos las mejores soluciones a los problemas de nuestro tiempo. Esta mañana se ofrece a toda la comunidad nacional una palabra nueva, una imagen de esperanza, un signo de la civilización del amor.

Queridas familias, muchas gracias. Que Dios os bendiga y premie vuestros esfuerzos.

+ Agustín García-Gasco

cardenal arzobispo de Valencia

La familia debería ser la primera y gran prioridad mundial

Queridos hermanos y hermanas, comparto con todos vosotros la alegría grande, indescriptible, verdadera, imborrable, de este encuentro. Es un inmenso regalo de Dios, porque aquí están las familias de toda España, representadas en vosotros. Y la familia es un maravilloso don divino. Es lo mejor que tenemos. ¿Qué sería de nosotros sin nuestras familias? ¡Gracias a todos, gracias a las familias, gracias a Dios!

Esta celebración está siendo una gran fiesta de la fe de las familias cristianas en el Dios que es amor; una gran fiesta de gozo y de humanidad

compartida con todos los que, con nosotros, apuestan por la familia, creen en la familia, viven en familia y la defienden. Aquí está aconteciendo una gran proclamación para todo el mundo del Evangelio de la familia, santuario del amor y de la vida, escuela de paz, cimiento imprescindible para una nueva civilización del amor; aquí se está afirmando vibrante y gozosamente, con certeza y valentía, la gran verdad de la familia; aquí estamos manifestando, sin poder callarlo, la gran seguridad, la fundada esperanza de que en la familia está el futuro de la Humanidad y de cada

hombre. Esta asamblea de miles y miles de familias es el gran canto jubiloso de esperanza que se encuentra en la identidad de la familia y de su base y fundamento, que es el matrimonio entre un hombre y una mujer, abierto a la vida, icono de la alianza nupcial de Dios. Este encuentro tan masivo de familias es el testimonio más cierto de que España, de que la Iglesia en España, tiene futuro porque apostáis por la familia, pequeña Iglesia doméstica, signo y morada del Amor, que es Dios.

Haciendo nuestras las palabras del Santo Padre Benedicto XVI, en el inolvidable Encuentro Mundial de las Familias en Valencia, «nos hemos congregado aquí... como una comunidad que agradece y da testimonio con júbilo de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar, y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás. La familia es el ámbito privilegiado donde la persona aprende a dar y a recibir amor». Por eso, tenemos la plena seguridad de que la promoción, fortalecimiento y defensa de la familia, en su verdad inscrita en la naturaleza del hombre por el Creador, es la base para una nueva cultura del amor. Es el centro de la *nueva civilización del amor*. Sabemos que lo que es contrario a esa nueva cultura, a esa nueva civilización, y por tanto contrario a la familia, es contrario a toda la verdad sobre el hombre y al mismo hombre, constituye una amenaza para él. Estamos convencidos de que sólo la defensa y afirmación de la familia abrirá el camino, necesario y urgente, hacia la civilización del amor, hacia la afirmación del hombre y su dignidad, hacia la cultura de la vida superando la tenebrosa *cultura* de la muerte que con tanto poderío nos amenaza.

Es cierto, vivimos tiempos no fáciles para las familias. La institución familiar se ha convertido en blanco de contradicción: por una parte, es la institución social más valorada en los sondeos de opinión, y, por otra, está siendo sacudida en sus cimientos por graves amenazas claras y sutiles, incluso con legislaciones inicuas. La familia se ve acecha-

da hoy, en nuestra cultura y en nuestra sociedad, por un sin fin de graves dificultades, al tiempo que sufre ataques de gran calado, que a nadie se nos oculta. Esta situación es tan delicada, tan grave y de tan graves consecuencias para el futuro del hombre y de la sociedad, que hoy, sin duda, se puede considerar la estabilidad del matrimonio y la salvaguardia y defensa de la familia, su apoyo y reconocimiento público, como el mayor problema social. Cuando se ataca, se deteriora, o no se defiende o protege la familia, se pervierten las relaciones humanas más sagradas, se llena la historia de muchos hombres y mujeres –en todas las edades– de sufrimiento y desesperanza, y se proyecta una amarga sombra de soledad y desamor sobre la historia colectiva y sobre toda la vida social. La familia debería ser la primera y gran prioridad mundial. Por eso es preciso y apremiante defender y afirmar la familia, como esta mañana en esta Plaza de Colón, donde hemos escuchado mensajes tan importantes del Papa para la familia. Ante tantas dificultades, vosotros sois una esperanza grande; en vosotros hay grandes motivos para el futuro porque, aquí y en vuestros hogares, estáis diciendo *Sí* a la familia y os jugáis todo por ella.

Son muchas, sí, las dificultades; a veces, hasta pueden escasear nuestras fuerzas, o debilitarse nuestros ánimos; pero no temamos, no tengamos miedo, contamos con el auxilio, fuerza y fortaleza de Dios. Y lo invocamos, y nos confiamos a sus manos. ¡Qué manos mejores, más amorosas y más fuertes que las suyas? El auxilio nos viene de Él. ¡No tengamos miedo! ¡Abramos las puertas de las familias a Cristo, sólo Él sabe lo que hay en el corazón de las familias! ¡Gracias a todos! ¡Ánimo! ¡Adelante: el Señor está con vosotros, está con vuestras familias, está con todas las familias, a todas las quiere, por todas vela, a todas acompaña, a ninguna le niega su auxilio! ¡Confíemos en Él!

+ Antonio Cañizares
cardenal arzobispo de Toledo

Testimonios de padres, hijos, abuelos...

Merece la pena

Señor cardenal de Madrid, señores cardenales, señores obispos, queridas familias:

Somos Manolo y Lucrecia: *Los Blasco*, como cariñosamente nos llaman nuestros amigos. Llevamos casados 27 años y tenemos siete hijos entre los 26 y los 14 años. Seis de ellos nos acompañan ahora, en este testimonio, y el séptimo está en el cielo: murió como resultado de la explosión de una bomba, en un atentado terrorista en Irlanda del Norte, en 1998. Tenía 12 años.

Sin duda, el acontecimiento que marcó toda nuestra vida familiar fue este terrible atentado, en el que falleció nuestro quinto hijo, Fernando, y también otra de nuestras hijas fue herida. Sólo alguien que ha pasado por un acontecimiento semejante sabe lo que se siente: se te cae el mundo encima, nada te puede aliviar el dolor. Sin embargo, sí hay algo que te ayuda: la unión de la familia en esos duros momentos; el apoyo de la mujer en el marido, del marido en la mujer, y de ambos en Dios, proporciona una nueva perspectiva a ese sufrimiento. La fe da sentido al dolor y te ayuda a perdonar a esas personas que sólo saben odiar: los terroristas. Algunas personas que nos acompañaron en esos duros momentos nos hicieron ver la suerte que teníamos de tener una fe sólida y de ser una familia cristiana.

Ser transmisores de la fe es una misión que todas las familias cristianas tenemos. ¿Quién iba a decirnos que Guillermo, nuestro tercer hijo, tan inquieto, daría testimonio ante Juan Pablo II cuando vino a Madrid en 2003? Eso es un privilegio que nunca hubiéramos soñado. Y, sin embargo, los caminos de Dios son

inimaginables. Él, de cosas horribles, siempre saca beneficios, aunque no siempre podamos entenderlo.

A lo largo de todos estos años de matrimonio, hemos pasado todo tipo de avatares: unos buenos y otros no tan buenos, pero el balance es siempre positivo: hoy somos muy felices. Tenemos un hijo casado que espera un bebé con mucha ilusión, otros dos preparan sus próximas bodas, y también tenemos un nieto precioso. Tenemos en acogimiento nuestra sexta hija, y ya es un miembro más de nuestra casa; es un privilegio poder dar una familia a alguien que la necesita para crecer. Seis hijos, muy seguidos, dan mucho trabajo: su educación exige un gran esfuerzo y nunca termina, pero os aseguro que merece la pena. Es una labor preciosa, que cuando van pasando los años tiene su recompensa.

Hoy celebramos el Día de la Sagrada Familia. Es un momento estupendo para pedir por todas las familias del mundo, especialmente por las que pasan por un mal momento, para dar gracias a Dios por tantos beneficios recibidos y para ponernos en sus manos en esta difícil tarea de defender y luchar por la familia.

Manolo y Lucrecia

Queridos amigos y hermanos, tengo 25 años, pertenezco al movimiento de Schönstatt y os voy a contar la familia que voy a formar. El 15 de enero me voy a Burundi, un país muy pobre de África, donde hay muchos hermanos nuestros ne-

cesitados. Necesitan ayuda y medios para comer, porque están muriendo de hambre. Os aseguro que su fe es mucho más profunda y firme que la mía. Y eso no deja de asombrarme, y de ayudarme a que yo siga creciendo y profundizando más en mi fe.

Quiero agradecer a mis padres y a mis hermanos que siempre me han apoyado y ayudado, ya que yo no se lo puse nada fácil cuando me alejé de Dios. Hace casi cuatro años mi vida era muy diferente. Yo no creía en Dios, estaba consumiendo cocaína, saliendo todas las noches hasta las tantas y destrozándome como persona, vamos, era un auténtico crápula. Pero María, la madre del Señor, entró en mi vida. Yo no la buscaba, y ella no paraba de buscarme; aún recuerdo esa primera exposición del Santísimo y esa primera confesión. Ella me ha llevado hasta su Hijo.

Ahora he cambiado mucho, siento que mi vocación, para lo que Dios me llama, esirme a Burundi a construir el *Centro Reina de la Paz*. Os aseguro que no es fácil, dejo muchas cosas atrás, mi familia, que siempre me ha dado ánimos aunque no me entendiera, muchos amigos, un montón de personas que Dios ha puesto en mi camino y que siempre me han ayudado y dado cariño, tenía un buen trabajo que me apasionaba y donde estaba progresando mucho. Pero, después de haber estado dos meses en Burundi, mi corazón se quedó ahí. Ahí es donde encuentro la Paz, la llamada de Dios.

Durante todo este tiempo de conversión y discernimiento, el apoyo, la compañía y el cariño de mi familia han sido un constante regalo. Desde el primer momento, me dijeron que no me entendían y que no sabían por qué lo hacía, pero que, si era mi felicidad, luchara por ello, que siempre me apoyarían y ayudarían. Por otro lado, todos nuestros hermanos de Burundi se alegraron mucho cuando se enteraron de mi vuelta con ellos, y os aseguro que, durante todo este tiempo, sus oraciones me han acompañado y ayudado muchísimo.

Queridos hermanos jóvenes, como decía Juan Pablo II, no tengáis miedo, preguntadle a Dios dónde está vuestra felicidad, qué camino ha pensado para vosotros. Queridos padres, ayudad en todo a vuestros hijos y apoyadles siempre, aunque los planes de Dios no sean los mismos que los vuestros. Por último, me gustaría volver a agradecer a mis padres todo el cariño y el amor que siempre me han mostrado..., por apoyarme aun no entendiéndome. ¡Gracias!

Joaquín

Nuestros nombres son Luisa y Pedro. Somos una familia cristiana perteneciente a una parroquia de esta archidiócesis encomendada a la Orden franciscana, el Santo Niño del Cebú, que ha sido y es nuestra comunidad cristiana donde hemos crecido como cristianos y seguidores de Jesús y donde vivimos nuestra fe. Estamos aquí representando a muchos matrimonios cristianos, que en su día formamos una familia y que la vida y los años nos han llevado a ser padres y abuelos.

Queremos dar nuestro testimonio personal y familiar. Somos el reflejo de los miles, millones de familias de toda España que viven su fe en familia, incardinados, a través de un cordón umbilical, en sus comunidades parroquiales. Fuimos jóvenes (hace ya de ello muchos años), crecimos en familias cristianas donde recibimos unos profundos valores que nos fueron marcando el camino a seguir. Vivimos nuestros noviazgos y nos casamos por la Iglesia, no porque entonces era lo *políticamente correcto*, sino por convicción y en respuesta a nuestra vocación al matrimonio. Nunca se nos planteó duda alguna sobre ello.

Fundamos nuestra familia bajo los valores del Evangelio. Fruto de nuestro mutuo amor nacieron nuestros tres hijos: Pedro, Javier y David, queridos y deseados, que trajeron la alegría a nuestro hogar y fueron un motivo más para dar gracias a Dios. Nuestro hijo David, tras el parto, sufrió una grave enfermedad que, durante más de dieciocho meses, nos exigió una atención, dedicación y cuidados especiales. Con amor, mucho amor, pudimos ayudarle a superar el sufrimiento que le aquejaba.

A lo largo de nuestro matrimonio, hemos tenido nuestras dificultades, como todo el mundo, pero las hemos sabido superar, con nuestro amor, respeto mutuo, entrega, dedicación y, por supuesto, con la presencia del Señor en nuestras vidas. Lo más importante ha sido vivir en plenitud, de total realización, de alegría, de satisfacciones por ver crecer a nuestros hijos y a nuestras nietas. Hemos experimentado cómo nuestros hijos han crecido y, poco a poco, iban consolidando los valores que pretendíamos transmitirles. Pero todo ello ha sido posible porque nuestra parroquia ha sido y es para nosotros, y lo ha sido para ellos, nuestro segundo hogar, nuestra familia de hermanos en la fe.

No queremos agotar el tiempo de que disponemos sin hacer una ilusionante y esperanzada llamada a todas las jóvenes parejas que hoy viven su amor: que lo vivan fundando una familia, que vivan su amor desde la fe en Jesucristo, que vivan los valores del Evangelio con sus hijos. ¡El Señor no falla nunca!

Pedro González y Luisa Ortega

La familia sí importa

Queridas familias, una vez más vuelvo a comprobar, viéndoos a vosotros, que a los españoles *la familia sí nos importa*, ¡y mucho! Sólo la causa de la familia y el derecho a la vida son capaces de convocar a tantas personas como hoy nos hemos reunido aquí. La Iglesia católica, a través de esta convocatoria del cardenal de Madrid, ha vuelto a prestar en España un gran servicio a la causa de la Humanidad; y es de justicia agradecersele. Yo, como representante de una asociación no confesional, pero absolutamente comprometida con la causa de la familia, el Foro Español de la Familia, se lo agradezco expresamente, aquí y ahora; como os agradezco a vosotros que estéis aquí dando la cara con naturalidad, con alegría, exhibiéndoo en familia y reivindicando a la familia y su inmensa eficacia social en estos tiempos difíciles.

La presencia de la familia en la calle puede ser una fuerza revolucionaria, tan revolucionaria como la misma verdad de las cosas frente a las mentiras antropológicas de la ideología de género de moda; tan revolucionaria como lo es la real presencia de la familia en la vida de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas; tan revolucionaria como lo es reivindicar la vida, la apertura esperanzada al futuro, la fuerza del amor y la entrega interpersonal, la solidaridad entre las generaciones y la atención cariñosa al otro por el mero hecho de que el otro existe. Todo eso es la familia: hombre y mujer abiertos a la vida, esperanza, solidaridad, futuro sin miedo, acogimiento, cariño. La familia puede ser la gran fuerza humanizadora de nuestra época, si todos los que vivimos en familia nos tomamos en serio nuestra responsabilidad de hacer fami-

lia. La familia es la solución a los grandes males de nuestra época, encogida y temerosa por su miedo al futuro, por su miedo a la vida; insolidaria porque desconfía del amor entre las personas y las generaciones como fuerza que traba a las sociedades; cobarde porque no se fía del ser humano y su capacidad de amar.

La familia es, hoy como ayer, una institución de inmensa e insustituible eficacia social. Sólo ella aporta el nicho ecológicamente idóneo para las nuevas vidas y sólo ella es capaz de crear la urdimbre humana de cariño, atención y solidaridad que crea el mejor ambiente para la maduración de las nuevas generaciones, la atención de las personas mayores y la madurez humanamente responsable de todos nosotros.

Os animo a mimar a vuestra familia dedicándole el tiempo necesario, aunque eso exija sacrificar otras posibilidades legítimas; a hablar bien de la familia en lo más cotidiano de vuestra vida y relaciones sociales; a asociaros con otras familias en defensa de los valores compartidos. Con el testimonio de nuestra vida en familia podemos mostrar a los demás la gozosa realidad de vivir en familia; con nuestra palabra podemos dar razón razonada de nuestras convicciones a quienes nos rodean, y

con nuestra conjunta proyección social podemos incidir decisivamente en cómo se piensa en nuestra sociedad.

Hoy y aquí –para acabar–, os ruego, padres, que os toméis muy en serio vuestra irrenunciable responsabilidad –que es, a la vez, un derecho– de educar a vuestros hijos en la tradición moral y religiosa que en conciencia creéis es la más acertada para hacerles felices y posibilitarles ser buenas personas. ¡No dejéis jamás la cabeza y el corazón de vuestros hijos en manos de otros, y menos aún en las del Estado! Familias, ¡defended vuestra libertad! Familias, ¡defended vuestra conciencia y la de vuestros hijos! Familias, ¡defended vuestro pleno derecho de ciudadanía! Es la hora de la responsabilidad de la familia: responsabilidad para construir la propia familia con dedicación y mimo; y responsabilidad para defender la familia de todos en la sociedad pluralista en que vivimos, ejerciendo los derechos civiles que ostentamos. ¡La familia sí importa! Gracias.

Benigno Blanco

*Presidente del Foro Español
de la Familia*

Intervenciones de representantes de movimientos eclesiales

Palabras para meditar

Sin la familia, la vida no tiene casa

Estoy muy contento de estar con vosotros en esta gran celebración *Por la familia cristiana*. Vengo de Roma, y os traigo el cariño de la Comunidad de Sant'Egidio, que vive en España, en Europa, en diferentes países del mundo, entre ellos veinticinco africanos. Como amigos de los más pobres, nos damos cuenta de que hoy, los europeos, hijos de una sociedad rica, y los pobres del Sur tienen una pobreza más. Están solos. Si pueden, se lanzan a una vida globalizada donde todo es mercado. Valen por lo que compran o lo que producen. He visto en un aeropuerto americano una expresión significativa: *I am what I shop* (*Soy lo que compro*). De esta forma, con frecuencia no valgo nada. La pobreza se vuelve insoportable en la soledad. Y el bienestar se vuelve amargo en la soledad. Pero, ¿es éste nuestro destino? ¿O más bien la Humanidad está obedeciendo a una ideología dominante, sin rostro, que hace del hombre y de la mujer criaturas perdidas en el gran mercado de la vida, con la ilusión de escoger libremente la felicidad? Sin embargo, en algunos momentos de la vida, se ve con lucidez que ésta no es ni felicidad ni libertad.

El destino que llevamos dentro es bien distinto: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada» (Gn 2, 18) –dijo Dios mirando al hombre, que no encontraba compañía entre las cosas y los animales–. Allí comenzó la aventura de la familia, compañera de toda la historia humana. En esta aventura humana se sitúa el Señor, Jesús de Nazaret, que nació en una familia Galilea e hizo de la familia una célula vital del nuevo pueblo de Dios. El Eterno no prescinde de la pequeña familia. Para Jesús la familia ha sido la cuna –o mejor dicho, el pesebre– de la vida y del amor. Ésta es la familia cristiana.

Pero, ¿es hoy una historia antigua, superada, mientras nos lanzamos a la aventura del mercado global y de un hombre dueño de sí sin límites?

Podría responder de muchas formas a esta pregunta que sobrevuela en nuestra cultura. Lo haré de la forma más simple. Respondo con el dolor de los niños africanos que viven por la calle, sin padre ni madre. Respondo con el dolor de los ancianos que, después de una vida laboriosa, son arrinconados mientras esperan la muerte en los asilos,

porque no tienen familia. Y nuestra sociedad, que con el progreso les hace vivir más, les sugiere en voz baja que es hora de que se marchen porque su vida es un peso. Su dolor nos dice que la familia no está superada, sino negada. Qué verdadera es la palabra de Dios: «No es bueno que el hombre esté solo». Dios le ha dado una ayuda en la familia, en el matrimonio con la mujer. Ante gente exaltada por una soledad llamada libertad, pero también humillada en su mayor parte por esta misma soledad, fortalecidos por una experiencia milenaria de humanidad, nosotros decimos con convicción: ¡no es posible construir un mundo humano sin la familia! Para todos, llega un momento en la vida en que nos damos cuenta en nuestra propia piel de la inhumanidad de un mundo sin familia.

Sin la familia, la vida no tiene casa. Esto es verdad para los niños concebidos cuyas lágrimas que piden vivir ni siquiera escuchamos, es verdad para los discapacitados a los que se les niega el derecho a nacer, es verdad para todos los niños, para el hombre y para la mujer. Sin la familia, la vida no tiene casa.

En un mundo donde se tiene la ilusión de elegir, donde todo se compra y se vende, donde todo es precario y está sujeto a las leyes de la competencia, la familia es el espacio de la gratuidad: algo escandalosamente gratuito, pero no precario, sino bien sólido, porque está fundado sobre la fidelidad del amor. El mundo necesita más familia porque necesita gratuidad. La familia es una profecía incómoda de un mundo humano. El mundo –dice Benedicto XVI– debe acoger la idea de la familia en el léxico de la vida nacional e internacional, para descubrir una verdad decisiva: que la Humanidad es una gran familia de pueblos. No estamos aquí para defendernos a nosotros mismos o un interés de la Iglesia, sino que estamos aquí por un bien de todos. Por esto estoy contento de estar en Madrid para decir que, en España, en Europa y en el mundo, se necesita más familia, porque se necesita más gratuidad, más vida y más amor.

Andrea Riccardi

Fundador y Presidente de la Comunidad de San Egidio

Un hecho extraño. Indiscutible

Estamos ante un hecho extraño. Indiscutible. Muchísimas personas nos hemos reunido, gozosas, para manifestar ante todos el bien que significa para nosotros la familia. Deberíamos valorar adecuadamente lo que está sucediendo en esta Plaza de Colón. Desde hace décadas, estamos recibiendo mensajes contra el valor de la familia. Lo normal sería que hubiera dejado de interesar. Hay algo que tenemos que reconocer casi sorprendidos: esa impresionante maquinaria no ha sido más potente que la experiencia elemental que cada uno de nosotros ha vivido en su familia, la experiencia de un bien, del que estamos agradecidos y que queremos transmitir a nuestros hijos y compartir.

Pero a muchos de nuestros contemporáneos, y tantas veces a nosotros mismos, la vida familiar nos parece *difícil*, si no imposible. Es lo mismo que les sucedió a los discípulos cuando oyeron hablar a Jesús del matrimonio (cf. Mt 19, 3-10). Los católicos no somos distintos de los demás. Tampoco a nosotros nos basta con saber la doctrina verdadera sobre el matrimonio para poder resistir todos los envites de la vida. Sabemos bien que todo el ímpetu que nace cuando uno se enamora no basta para impedir que el amor se oxide con el tiempo. En tantas ocasiones nuestros intentos por mantenerlo fresco resultan insuficientes. Por eso, nos apremia punzante la pregunta: ¿es realmente posible mantenerlo vivo?

Sólo quien es consciente de su incapacidad para conservar la frescura del inicio puede valorar el alcance de la promesa de Jesús que hace que la experiencia más bella de la vida, enamorarse, no decaiga. «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 34-37.39-40). Con estas palabras, Jesús desvela la esperanza que su persona constituye para quien le deja entrar en la vida. No se trata de una ingerencia en las relaciones más íntimas, sino de la mayor promesa que el hombre haya podido recibir: si no se ama a Cristo —la Belleza hecha carne— más que a la persona amada, la relación con ella se marchita. Él es la verdad de esa relación. Sólo la gracia de Jesucristo hace posible vivir la naturaleza original de la relación entre hombre y mujer. Ésta es la tarea de la comunidad cristiana: favorecer una experiencia del cristianismo como plenitud de vida. Sin comunidades cristianas capaces de acompañar y sostener a los esposos en su aventura, será difícil, si no imposible, que ésta sea culminada con éxito.

Sin la experiencia de plenitud humana que hace posible Cristo, el ideal cristiano del matrimonio se reduce a algo imposible de realizar. La insolubilidad del matrimonio y la eternidad del amor aparecen como quimeras inalcanzables. Éstas, en realidad, son los frutos de una experiencia intensa de Cristo, tan gratuitos que aparecen a los ojos de los mismos esposos como el testimonio de que *para Dios nada es imposible*. Sólo una experiencia así puede mostrar la racionalidad de la fe cristiana, su conveniencia humana: una realidad totalmente correspondiente al deseo y a la exigencia del hombre, también en el matrimonio y la familia. Una relación vivida así constituye la mejor propuesta educativa para los hijos y, al mismo tiempo, es un testimonio para todos de que el matrimonio no es necesariamente la tumba del amor, sino su realización.

Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

La familia cristiana da a los hijos su identidad y su destino glorioso

¡Gracias por haber venido! Somos Kiko, Carmen y padre Mario, equipo responsable del Camino Neocatecumenal. Veo que aquí estáis muchos del Camino con todos vuestros hijos: gracias por haber venido.

Vosotros sois el testimonio de que no es verdad que todos se separen. Tenemos que ayudar a la familia en toda Europa. ¡Gobiernos laicos y ateos nos quieren hacer creer que esta nave que es nuestra sociedad, que es nuestra vida, no va ninguna parte! Como si fuéramos un enorme transatlántico en medio de un mar oscuro que no va a ningún sitio. Digámoslo: no es verdad, nuestra nave, nuestra sociedad, nuestra vida va al Cielo. Vamos a la Jerusalén celeste.

Nosotros lo sabemos porque Cristo nos llamó y nos ha hecho partícipes de su victoria sobre la muerte, nos ha dado la vida eterna que nos permite amarnos más allá de la muerte. Por eso no nos separamos. Él está en medio de nosotros. Podemos amar al enemigo, amar cuando la mujer o el marido son nuestro enemigo; gracias al amor de Dios en nosotros, podemos amar más allá de la muerte, por eso en el Sermón de la Montaña el Señor nos dijo: «Amad a vuestros enemigos».

Juan Pablo II en España, cuando habló de la familia dijo: «El futuro de la Humanidad pasa por la familia cristiana». El futuro son los hijos. Sólo la familia cristiana da a los hijos una identidad: son fruto del amor de sus padres, que, por ser cristianos, los han tenido como un don de Dios; segundo: les dan una moral y una fe; y, sobre todo, los padres dan a los hijos un destino glorioso: la vida eterna.

La Virgen dice a su Hijo en las bodas de Caná: «No tienen vino». Cristo responde: «No ha llegado mi hora». La Hora de Cristo es aquella que le hace pasar de este mundo al Padre. El vino en la Pascua hebrea significa la entrada en la tierra prometida. El pan ácimo es signo de la esclavitud, y una copa, la cuarta, de bendición, es la copa del vino de la Alianza, signo de la tierra que mana leche y miel. Cristo, en la Última Cena, coge el pan y dice: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros», y después de la cena coge la copa y dice: «Ésta es mi sangre que será derramada por vosotros y por todos los hombres»; y en otro sitio dice: «No beberé más del fruto de la vid hasta que sea cumplido en mi reino». Cristo lo cumple con su resurrección y ascensión al Cielo, haciendo entrar al hombre, a nuestra humanidad, en la Santa Trinidad, en el Cielo.

No tienen vino quiere decir que el matrimonio humano, que es una belleza de felicidad natural, no tiene *vino*, esto es, se acaba con la muerte, la felicidad que termina ya no es felicidad perfecta. «Ha llegado mi Hora, la hora de pasar al Padre, de introducir a la Humanidad en el Cielo». Ahora el matrimonio cristiano es insoluble, su amor es eterno, *ya tienen vino*. Cristo ha resucitado, ha vencido a la muerte para todos, nuestra vida no se acaba en la muerte. Digámoslo al mundo, hemos de dar testimonio *de nuestra fe*: Cristo ha muerto por todos, ¡Cristo ha resucitado! Para todos se abre ahora el Cielo. Cantemos a Cristo: *¡Resucitó!*

Kiko Argüello

Iniciador del Camino Neocatecumenal

Yo y mi familia serviremos al Señor

«Yo y mi familia serviremos al Señor» (Jos 24, 15). Josué fue el sucesor de Moisés para guiar al pueblo de Israel, él los condujo al otro lado del río Jordán, y, a lo largo de su vida, Israel fue tomando posesión de toda la tierra que Dios les había prometido al pactar con ellos la Alianza. En este relato último del Libro de Josué, sobresale la acción y fidelidad permanente de Dios con su pueblo, hasta el punto que parece que no hubieran tenido que guerrear y pelear duramente para conseguirlo: «Dios iba delante de ellos, y ganaba por ellos las batallas».

Una vez que Israel se había asentado ya en la tierra prometida y cada tribu había recibido su heredad, se mezclaron con personas de otras culturas, con otros valores y otros *dioses* e *ídolos*. El pueblo elegido por el Creador para revelarse a la Humanidad, y llevarla a su plenitud, se veía olvidado, relegado... Ya no era importante. Para muchos, parecía que aquellos otros *diosecillos* eran mucho más cercanos, complacientes y, sobre todo, mucho menos exigentes. Entonces Josué convocó una gran asamblea en Siquém. Reunió allí a todas las tribus con sus jefes, jueces y escribas (Jos 24, 1), y tras contar las maravillas del único Dios, aquel que los había liberado de la esclavitud, que los había constituido en un pueblo, *en el pueblo elegido*, puso también ante ellos sus infidelidades y denunció públicamente el mal proceder de las tribus del Señor. Y entonces les preguntó: «¿A quién queréis servir, a estos dioses extraños o al Señor nuestro Dios?» Y él mismo contestó en primer lugar: «Yo y mi familia serviremos al Señor».

El pueblo contestó en la misma línea que lo había hecho Josué poniéndose de parte de Dios: «¡Nosotros también serviremos al Señor!» (Jos 24, 21). Josué entonces les dijo: «Entonces, apartad los dioses del extranjero que hay en medio de vosotros e inclinad vuestro corazón hacia el Señor Dios de Israel». El pueblo respondió a Josué: «Al Señor nuestro Dios serviremos y a su voz atenderemos» (Jos 24, 24).

Ese mismo Dios ha seguido hablando a la Humanidad y revelándose a ella, hasta llegar a manifestar su Palabra a los ojos de todos, encarnándose de María, la joven doncella de Nazaret, humilde y sencilla hasta el punto de poder decir a Dios incondicionalmente: «¡Hágase en mí según tu palabra; hágase en mí tu voluntad!»

Jesús, la Palabra del Padre, ha sido proclamada de una vez para siempre sobre la Humanidad. Y es Él mismo, ¡Jesucristo!, verdadero Dios y verdadero hombre, el que nos ha convocado aquí hoy para esta solemne celebración de la Sagrada Familia y, por tanto, de todas las familias cristianas. Hemos sido congregados por la Iglesia en esta Plaza, testigo ya de otras solemnes y únicas celebraciones de nuestra fe. Aquí hoy también nosotros hacemos memoria de lo que Dios ha hecho por cada uno de nosotros, por cada una de nuestras familias, por nuestra sociedad, por nuestra cultura, por nuestros valores, por toda la Humanidad. Pero también hoy debemos denunciar públicamente que se han infiltrado entre nosotros dioses extraños: el hedonismo, el relativismo, el egoísmo, el laicismo... Y también gran número de ídolos de todas clases: adivinos, horóscopos, espiritistas, falsos profetas, un bienestar exagerado, que no repara en la necesidad del otro, y todo tipo de ídolos que parecen ser tanto más reales y eficaces cuanto más nos apartamos del único Dios.

En definitiva: *la impiedad*, por la cual el hombre, dando la espalda a su Creador, quiere ocupar su lugar, usurpa su lugar y se erige a sí mismo como juez de vivos y muertos. Se toma por su mano el poder sobre la vida y la muerte, y cuando esto sucede, el resultado siempre es el mismo: la muerte. Y contra la *cultura* de la muerte y de la desesperación, Dios nos llama a la cultura de la vida y de la esperanza. Y contra las noticias de: todo vale, todo está bien, haz lo que quieras..., Dios nos invita a vivir y a anunciar al mundo, con palabras y obras, el Evangelio de Jesucristo y el Evangelio de la familia cristiana, que, fundamentada mediante el sacramento del Matrimonio sobre la Roca firme que es Jesús, y con el poder del Espíritu Santo, que nos habita, puede resistir todos los duros combates de la vida, puede atravesar pequeños y grandes desiertos, que no faltarán, y salir victoriosa, porque Cristo ya ha vencido por nosotros.

Y podemos hoy, hermanos y hermanas, venidos de multitud de lugares, elegir a quien queremos servir, si a estos diosecillos e ídolos que tanto abundan en nuestra sociedad, o si queremos servir a Dios. Tal como sucediera a Josué en Siquém, el mundo nos demanda, nos pregunta..., nos exige una respuesta a nosotros, que tenemos que ser *sal de la tierra* y *luz para el mundo*: «¿A quién queréis servir?» Os invito a que todos juntos respondamos a una sola voz como lo hizo Israel en la asamblea de Siquém: «Al Señor nuestro Dios serviremos y a su voz atenderemos?»

Amén.

Manuel Carracedo

Coordinador nacional de la Renovación Carismática Católica

La familia tiene que ser amada, protegida y sostenida

Cuando Dios creó el género humano plasmó una familia. Cuando el autor sagrado quiso manifestar el ardor y la fidelidad del amor de Dios hacia el pueblo elegido, se sirvió de símbolos o analogías familiares. Cuando Jesús se encarnó, se rodeó de una familia, y cuando comenzó su misión en Caná, estaba en las bodas de una nueva familia. Son sencillas constataciones que revelan lo importante y valiosa que es la familia en el pensamiento de Dios.

Él no sólo le ha dado una gran dignidad, sino que ha querido que sea *a Su imagen*, entrelazándola con el misterio de Su misma vida, que es Unidad y Trinidad de Amor. Por lo tanto, un gran designio sostiene la familia y la pone tras las huellas de la Santa Familia de Nazaret.

La familia, lugar de un amor que va y vuelve, de comunión, de fecundidad y ternura, es signo, símbolo y tipo de cualquier otra forma de humanidad asociada. No es retórico afirmar que la familia es el primer bien social. En la gratuidad cotidiana que da sentido y valor a sus funciones de generación y educación, la familia introduce en el tejido social ese bien insustituible que es el capital humano, poniéndose de esa manera como recurso eficaz de la Humanidad. Pero no sólo esto. La familia sabe llevar el calor familiar allí donde las estructuras e instituciones, aun con toda la buena voluntad, no pueden llegar.

Pero si es grande su designio, igualmente grande tiene que ser el compromiso para llevarlo a cabo. Hoy, más que nunca, vemos que la familia manifiesta al mundo su fragilidad. Vemos esposos que, ante las primeras dificultades de la vida en pareja, dejan de creer en el amor que se tenían. Vemos hijos que, privados de la cercanía de unos padres unidos, encuentran dificultad para alzar el vuelo hacia un futuro comprometido. Vemos ancianos que, alejados del núcleo familiar, han perdido su ciudadanía y su identidad. Hoy, más que nunca, la familia tiene que ser amada, protegida y sostenida. Es necesario no dejar de acudir nunca al designio originario de la familia, que la ve unida con un *para siempre* que la consolida y la realiza. Es necesario llenar de significado la vivencia familiar con una espiritualidad de comunión, inherente a la familia, pequeña comunidad de amor. Son necesarias corrientes de opinión fundadas sobre los valores, y políticas familiares adecuadas.

Éste es el ardiente deseo que pongo en las manos de María Santísima, sede de la sabiduría y ama de casa, para el bien de la familia hoy y para la realización de toda la familia humana.

Chiara Lubich

Fundadora del Movimiento de los Focolares

La santidad es para todas las edades

Queridas familias de Madrid y de España, hoy nos reunimos en esta plaza para una gran celebración. Celebramos la alegría del nacimiento del Niño-Dios y su nacimiento en el seno de una familia. La familia se convierte así en célula sagrada del hombre, de la sociedad y de la Iglesia. Sin embargo, hoy la familia se siente acosada, despreciada. Las familias se rompen apenas formadas, no están abiertas a la vida, se promueve o justifica el aborto y la anticoncepción. Aumentan los casos de violencia entre sus miembros. Las empresas no ayudan a conciliar la vida familiar y el éxito en el trabajo se pone por encima de la felicidad.

¡Familias!, seamos conscientes de nuestra trascendencia en la sociedad. Debemos organizarnos y asociarnos, para ser más eficaces en nuestra tarea de mejorar el mundo. No podemos dar razón de nuestra fe y nuestra esperanza aisladamente. La Iglesia es fundamentalmente diocesana, se organiza en torno a su obispo. Seamos el apoyo de nuestros pastores. Se realiza en cada parroquia que es una comunidad de familias. Volvamos a la parroquia, ella nos necesita y nosotros necesitamos de ella. Que nuestra familia sea la Iglesia doméstica que fundamenta una sociedad nueva, más humana y más cristiana.

¡Queridas familias!, demos importancia a la formación, basada especialmente en el magisterio de la Iglesia que nos da certezas. No podemos dialogar con nuestros vecinos o nuestros compañeros de trabajo si no tenemos una buena formación cristiana. La formación es para toda la vida, para todos los miembros de la familia, sean niños, jóvenes, adultos o ancianos. Colaboremos en las parroquias en tantas necesidades que se presentan: educación cristiana y evangelización, atención a los pobres, a los enfermos y abandonados. Estemos abiertos a todas las necesidades del mundo.

¡Alegrémonos! Estemos siempre alegres porque el Señor nos ha bendecido con nuestra familia, con nuestra fe. Transmitamos esta alegría y felicidad en nuestra casa y en cualquier lugar que estemos.

Recordemos las palabras del Santo Padre Benedicto XVI que nos dirigió hace unos días a la Acción Católica con motivo de la declaración de las virtudes heroicas de Nennolina, una niña italiana que murió con seis años y que va camino de ser la santa más joven de la Historia:

«La santidad es para todas las edades: para los niños, jóvenes, adultos y ancianos».

«Cada estación de nuestra existencia puede ser buena para decidir-se a amar seriamente a Jesús y para seguirlo fielmente».

También nos exhortaba el Santo Padre Juan Pablo II insistiendo en que hoy es precisa una espiritualidad que no sea de mínimos, y esté arraigada en la Palabra de Dios, en la Tradición y en los sacramentos de la Iglesia. Y nos dijo en su último viaje en Madrid: «La presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es una tarea de todos. En ella los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas».

¡Queridas familias!, vayamos asociados por este camino de santidad y de amor a Cristo en el seno de la Iglesia, para ser la sal y la luz de este mundo. Que la fiesta de hoy no sea solo un gozoso encuentro, sino el comienzo de una nueva fuerza en la sociedad, la fuerza positiva e ilusionante de la familia cristiana.

Francisco Ayuga

*Presidente diocesano, de Madrid,
de la Acción Católica General*

Liturgia de la Palabra

Sois fuertes y habéis vencido al Maligno

En la primera lectura, el apóstol Juan, aquel discípulo que amaba el Señor, se dirige a los primeros cristianos, a los que contempla unidos por los lazos sagrados de la caridad y por los naturales de la familia. Esta experiencia natural es el fundamento puesto por el Creador, para su manifestación como Trinidad. Dios es familia. Los hombres, creados a su imagen, no existimos sino en familia, precedidos y envueltos en la atmósfera cálida del amor que nos acoge y nos sustenta. La familia, tal como manifiesta el Apóstol, es el espacio privilegiado en el que se experimenta lo que significa ser hijo y ser padre y que nos permite acoger al Padre con el Hijo en el Espíritu. La familia humana teje el entramado en el que la fe puede nacer y sustentarse; el entramado del amor y del conocimiento de Dios que los padres pueden y deben transmitir a sus hijos, con la profundidad de lo que se vive como fundamento de la propia vida personal y familiar. Pero la familia, cada uno de sus miembros, debe librar hoy como ayer una batalla decisiva, la de vivir según la voluntad de Dios y no asimilarse al mundo en el que vive, a los valores imperantes, a la policromía de la moda. ¿Cómo conseguir la fuerza y la motivación para vivir contra corriente? ¿Cómo ser lo que somos, familias cristianas, cuando las fuerzas disolventes y poderosas del relativismo y del individualismo egoísta nos amenazan dentro y fuera? El Apóstol nos lanza como un desafío, como un reto, sus palabras encendidas: sólo asentándonos en el conocimiento de Dios, en el conocimiento experiencial del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que nos ama, nos perdona y nos reviste de su fortaleza divina, alcanzaremos la victoria sobre el Maligno. La familia cristiana está llamada a cultivar la vida interior: la fe, la esperanza, la caridad. Así encontrará la fuerza, la alegría, el valor, para ser lo que Dios ha querido que sea. De este modo podemos asegurar el futuro, que no se da sin la tutela y transmisión de la familia.

Lydia Jiménez
Directora General de las Cruzadas
de Santa María

Primera lectura: 1 Jn 2, 12-17

Os escribo, hijos míos, que se os han perdonado vuestros pecados por su nombre. Os escribo, padres, que ya conocéis al que existía

desde el principio. Os escribo, jóvenes, que ya habéis vencido al Maligno. Os repito, hijos, que ya conocéis al Padre. Os repito, padres, que ya conocéis al que existía desde el principio. Os repito, jóvenes, que sois fuertes y que la palabra de Dios permanece en vosotros, y que ya habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo —las pasiones de la carne, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero—, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, con sus pasiones. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

La familia de Nazaret no vive aislada, forma parte de la sociedad donde Dios la ha situado. El Evangelio nos dice cómo José, atento a la voluntad de Dios, cumple su función de padre y vela por la vida del Niño. Su familia ha vivido el misterio de la concepción virginal y la pobreza del pesebre; ahora es víctima de la violencia y conoce el exilio. Más adelante, enviados también por la palabra de Dios, él y María buscarán un lugar tranquilo donde ganarse, con su trabajo, el pan de cada día. En nuestro tiempo, la familia en Europa y, singularmente, en España padece una grave enfermedad. Ya no es el espacio pacífico donde se guarda y desarrolla el niño, donde se forman y educan los futuros ciudadanos. La familia ve cómo la violencia está cada vez más presente en sus vidas y cómo los hijos pueden ser destruidos antes de nacer. Ve menoscabada su naturaleza y minado su fundamento antropológico cuando se relativiza el papel complementario de un varón y una mujer. La familia sufre la imposición de una educación relativista, que priva a los padres de su derecho fundamental a educar a sus hijos conforme a sus principios morales y es víctima de una inaceptable intrusión. La Palabra de Dios que se va a proclamar se dirige a cada uno de nosotros para iluminar las realidades inciertas que nos ha tocado vivir; para ayudarnos a interpretar los signos de los tiempos y lo que Dios nos transmite con ellos; para hacer de nuestras familias verdaderas *Iglesias domésticas*, y para afirmar que creemos en la comunión de amor matrimonial, fiel e indisoluble, que creemos en la familia como santuario de la vida, que creemos en la familia como escuela de todas las virtudes. Seguros de que la familia de Nazaret

sigue siendo la propuesta cristiana de familia para nosotros y para nuestra sociedad, ayer, hoy y siempre.

Alfredo Dagnino

Presidente de la Asociación Católica
de Propagandistas

Evangelio: Mt 2, 13-15.19-23

Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: «Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto». Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño». Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel. Pero, al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Y, avisado en sueños, se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría Nazareno.

Oración de los fieles

Oremos en primer lugar por la Iglesia, la Esposa fiel de Jesucristo y madre de los pueblos que vienen a la fe. Para que sostenga a todos los que tratan de vivir fielmente el valor del matrimonio y la familia; ilumine a los que, en medio de las incertidumbres o la ansiedad, buscan la verdad; y ayude a todos aquellos que se ven injustamente impedidos para vivir el proyecto familiar.

Oremos hoy de un modo especial por todas las familias cristianas de nuestra patria y de todo el mundo. Para que puedan llevar a cabo la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la Humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa.

Oremos por los esposos cristianos, unidos por el vínculo indisoluble del sacramento del matrimonio. Para que permanezcan siempre

fieles entre sí, por encima de toda prueba y dificultad, en generosa obediencia a la santa voluntad del Señor: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».

Oremos también por los hijos e hijas de las familias cristianas. Para que mediante el amor, el respeto y la obediencia a los padres, aporten su contribución a la edificación de familias auténticamente humanas y cristianas.

Oremos por las parejas de novios que se preparan para celebrar el sacramento del Matrimonio. Para que sientan la presencia de Dios en la vivencia de su amor mutuo y se preparen santamente para su matrimonio.

Oremos por todos los que sufren a causa de las desavenencias y rupturas matrimoniales y familiares. Para que la Iglesia, presentándose como madre misericordiosa, interceda por ellos, los sostenga en la fe y en la esperanza, de manera que las eventuales dificultades se resuelvan sin falsificar ni comprometer jamás la verdad.

Oremos por todos aquellos que se encuentran privados de una familia. Para que la sociedad sepa dar una respuesta a esas situaciones, y se abran para ellos las puertas de la Iglesia, que es casa y familia para todos.

Oremos por todas las víctimas del terrorismo, la guerra y la violencia, especialmente por Carlos Alonso Palate y Diego Armando Estacio, que hoy hace un año fallecieron en el atentado de Barajas. Para que Dios nos conceda el don de la paz y sepamos reconocer, proclamar y defender el valor inconmensurable de toda vida humana, base y fundamento de todos los derechos y de la convivencia social.

Y finalicemos nuestra oración orando por las autoridades públicas y cuantos tienen responsabilidad en todo lo que se refiere a las familias. Para que nunca nieguen a las familias todas aquellas ayudas –económicas, sociales, educativas, políticas, culturales– que necesitan para afrontar de modo humano todas sus responsabilidades.

Familia Orduña Méndez
(abuela, padres y ocho hijos)

Oración final
cardenal arzobispo de Madrid

Oh Dios, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, Padre, que eres

Amor y Vida, haz que cada familia humana sobre la tierra se convierta, por medio de tu Hijo, Jesucristo, nacido de mujer, y mediante el Espíritu Santo, fuente de caridad divina, en verdadero santuario de la vida y del amor para las generaciones que siempre se renuevan. Haz que tu gracia guíe los pensamientos y las obras de los esposos hacia el bien de sus familias y de todas las familias del mundo. Haz que las jóvenes generaciones encuentren en la familia un fuerte apoyo para su humanidad y su crecimiento en la verdad y en el amor. Haz que el amor corroborado por la gracia del sacramento del Matrimonio, se demuestre más fuerte que cualquier debilidad y cualquier crisis, por las que a veces pasan nuestras familias. Haz finalmente, te lo pedimos por intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, que la Iglesia en todas las naciones de la tierra pueda cumplir fructíferamente su misión en la familia y por medio de la familia. Por Cristo nuestro Señor que es el Camino, la Verdad y la Vida, por los siglos de los siglos. Amén.

Homilía del cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid

¡Que ningún poder humano manipule a la familia!

Aquí estamos de nuevo fieles católicos procedentes de todos los rincones de España, presididos por sus pastores, en la madrileña Plaza de Colón, lugar de dos históricos encuentros con el Siervo de Dios Juan Pablo II, en 1993 y en 2003, para las canonizaciones de santos españoles y muy cerca de la Plaza de Lima, en la que el 2 de noviembre de 1982, en su primer viaje a España, proclamó con un inusitado vigor el Evangelio de la familia. Hoy es obligado preguntarse qué hemos hecho después de un cuarto de siglo de aquella vibrante llamada del Papa a vivir plenamente la verdad del matrimonio, comunión íntima de vida y de amor entre el esposo y la esposa; abierto, por tanto, a la total donación mutua de la que nacen los hijos y en la que crecen y se educan como hijos de Dios. «La familia es la única comunidad en la que todo hombre *es amado por sí mismo*, por lo que es y no por lo que tiene», nos recordaba Juan Pablo II. Con la suerte de la familia está y cae la suerte del hombre mismo y el presente y el futuro en paz de la sociedad y de los pueblos; también el presente y el futuro de España y de Europa.

La pregunta sigue hoy más lacerante y viva ante la formación de un medio ambiente cultural y social, en crecimiento continuo, donde se relativiza radicalmente la idea misma del matrimonio y de la familia, y se fomentan desde las edades más tempranas prácticas y estilos de vida en las relaciones entre el varón y la mujer opuestos al valor del amor indisoluble y al respeto incondicional a la vida de la persona desde el momento de su concepción hasta la muerte natural. Realidad social posibilitada y favorecida jurídicamente por las leyes vigentes. Es verdad que el Viaje apostólico de Benedicto XVI a Valencia el año pasado, el 8 y 9 de julio, con motivo del Vº Encuentro Mundial de las Familias, nos sirvió para renovar nuestra escucha de la Buena Noticia de la familia cris-

tiana, cauce imprescindible para la transmisión de la fe en medio de un mundo ideológico y social hostil a la familia. Los hechos, sin embargo, que siguen dominando y condicionando la opinión pública sobre la familia y la misma realidad familiar –la destrucción temprana de los nuevos matrimonios, la violencia doméstica, la escalada del número de abortos con el escándalo del aborto en las preadolescentes y el de los abortos tardíos...–, interpelan fuertemente a nuestras conciencias. ¡No hay duda!, la familia se presenta como el problema objetivamente más grave e inquietante ante el que se encuentran las sociedades europeas y, por supuesto, la española. El Santo Padre, en el Mensaje de la Jornada de la Paz del 1 de enero de 2008 sobre la *Familia humana, comunidad de paz*, llega, incluso, a afirmar: «La negación o restricción de los derechos de la familia, al oscurecer la verdad sobre el hombre, *amenaza los fundamentos mismos de la paz*. Por tanto, quien obstaculiza la institución familiar, aunque sea inconscientemente, hace que la paz de toda la comunidad nacional e internacional sea frágil, porque debilita lo que, de hecho, es la principal *agencia de paz*» (nn.4-5).

No hay tiempo que perder

¡No hay, pues, tiempo que perder! ¡Urge la respuesta cristiana a esta pregunta crucial para nuestro futuro, el de España, el de Europa y el de toda la Humanidad! Y nuestra respuesta no es otra que la de la verdad de la familia, inscrita en el ser y en el corazón del hombre –varón y mujer–, restablecida en toda su plenitud, bondad y belleza por Jesucristo, el Redentor del hombre, y que hoy queremos proclamar como la única propuesta auténtica, la única capaz de renovar profundamente la

sociedad desde sus raíces y las personas en lo más íntimo de sus necesidades básicas, de sus deseos de salud, de felicidad, ¡de su ansia de eternidad! Y, por consiguiente, la única que puede convencer a los jóvenes de que sí, de que es posible concebir y proyectar la vida como una gran experiencia de amor, ¡como una vocación para *el amor más grande!* Podemos y debemos ofrecerla a todos nuestros hermanos, los creyentes y los no creyentes, que sienten en sus vidas la inquietud interior de una búsqueda de respuestas vitales satisfactorias que no llegan por los caminos del egocentrismo individualista. Para nosotros siguen vigentes y actuales las certezas con las que Juan quería animar y confortar a los cristianos de aquellas primitivas comunidades, confrontadas con los ideales y la visión pagana de la vida y del mundo; comunidades en trance abierto o latente de martirio. También vosotros, padres de las familias cristianas españolas del año 2007, *conocéis al que existía desde el principio*. También vosotros, sus hijos, *ya conocéis al Padre*. Y vosotros, jóvenes cristianos, sabéis *que sois fuertes y que la palabra de Dios permanece en vosotros, y que habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo*. Y todos sabemos, que, «si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo –las pasiones de la carne, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero–, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo». Y no se nos escapa, sobre todo a los mayores, la necesidad espiritual de reconocer que «el mundo pasa, con sus pasiones, y que, solamente, el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

Pero, sobre todo, podéis ofrecer vuestro testimonio expresado en palabras y desgranado día a día con el ejemplo de la vida, a imagen de la Sagrada Familia de Nazaret, cuya fiesta hoy celebramos junto con toda la Iglesia, presidida por el sucesor de Pedro, el Santo Padre Benedicto XVI. Hace tan sólo unos instantes que nos exhortaba con palabras luminosas y fervientes a ser los testigos de la familia cristiana. El Salvador y la salvación han venido al hombre por y en la Familia de Nazaret formada por Jesús, Hijo de Dios, salvador del hombre y por su Santísima Madre y por san José, casto esposo, encargado por Dios de la custodia de la Madre y del Hijo, amenazados desde muy pronto por los codiciosos del poder humano, obligándoles a buscar refugio y asilo fuera de su tierra natal. Sí, Jesús es el que trae de nuevo plenamente a Dios a la raíz y al corazón de la familia humana: de cada una de las familias y de toda la Humanidad, llamada a configurarse según el modelo de la familia, nacida del amor indisolublemente fiel del marido a la mujer y de la mujer al marido; es decir, del modelo que respondía al proyecto pensado y querido por Dios desde *el principio*, como recordaría san Pablo a los efesios: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne». Y, añadía: «Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia» (Ef 5, 31-32).

La gramática de Dios

En la respuesta de la familia cristiana a la crisis de la institución familiar por parte del entorno social y cultural que la envuelve, hay un núcleo o principio esencial sin cuyo reconocimiento teórico y práctico es imposible recuperar las raíces éticas y espirituales de una cultura familiar sana y fecunda con los efectos humanizadores imprescindibles para la subsistencia misma de una buena sociedad. Éste es: que el origen y el fin del matrimonio y de la familia, sus elementos constitutivos, sus propiedades esenciales y las normas de vida que han de regirla, vienen determinadas por Dios a través de la naturaleza del ser humano y de la norma moral natural que de ella se desprende y cuyo conocimiento –en palabras de Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2008– «no es imposible para el hombre que entra en sí mismo y, situándose frente a su propio destino, se interroga sobre la lógica interna de las inclinaciones más profundas que hay en su ser» (n.13). Las perplejidades

y dificultades que puedan encontrarse en esa experiencia de lectura clara y cierta de *esa gramática de Dios*, impresa en el corazón del hombre, se ven despejadas si se mira a Cristo en la Familia de Nazaret, si se escucha su Palabra, viva e íntegra en su Iglesia, y nos dejamos iluminar y guiar por Él, como le sucede a las familias sinceramente cristianas. Ni la familia, ni el matrimonio en el que se funda, ni el don de la vida –¡los hijos!–, su primer fruto, están a disposición de la voluntad de hombre alguno o de cualquier poder humano. Ni las personas particulares, ni los grupos sociales, ni la sociedad en su conjunto, ni la autoridad del Estado pueden manipular a su gusto sus orígenes, su naturaleza y sus propiedades esenciales, en una palabra, su razón de ser puesta por Dios, que no es otra que la de constituir –dice el Papa en su Mensaje– «la primera forma de comunión entre las personas...», la que el amor suscita entre un hombre y una mujer decididos a unirse establemente para construir juntos una nueva familia» (n.1).

La experiencia diaria nos enseña lo que sucede a las personas y a las sociedades cuando no construyen el matrimonio y la familia sobre el fundamento sólido de la institución divina: vidas rotas por la separación irreversible entre los cónyuges, sufrimientos, desorientación y desamparo en los niños y los jóvenes afectados por la ruptura familiar, la plaga del aborto, el envejecimiento imparable de la población... En cambio, cuando se elige la vía del amor crucificado, del seguimiento de la voluntad de Dios y se persevera en ella, el matrimonio se manifiesta –en expresión de Juan Pablo II en su Exhortación *Christifideles laici*, 40– como «la cuna de la vida y del amor», y la familia, que de él surge, como el lugar primero y fundamental donde se aprenden las primeras y más básicas lecciones de humanidad; más aún, las eternas lecciones del amor verdadero y de la paz. La vivencia de la justicia y del amor entre los hermanos y hermanas, la función de una autoridad desinteresada, que se revela y ejerce como un servicio de amor por parte de los padres, la dedicación preferente a los miembros más débiles –a los pequeños, a los ancianos, a los que están enfermos–, la disponibilidad siempre pronta para ayudarse mutuamente de los miembros de la familia entre sí y en cualquiera necesidad, dispuestos siempre para acoger al otro, para perdonarlo... ¡todo ello! cuaja como fruto cotidiano de la familia fundada y vivida según Dios.

Imprescindibles protagonistas

Éste es el don que hemos descubierto y que habéis recibido, queridas madres y padres cristianos, cuando os habéis sentido llamados por Dios a la vocación matrimonial y habéis respondido a ella con el *Sí* decidido y gozoso de vuestro amor mutuo, en el que se incluía el *Sí* consciente y responsable de los hijos que habéis ido recibiendo de Dios, en un itinerario de amor desprendido y de generosas e íntimas acogidas, fruto maduro de una cotidiana oblación de vosotros mismos al Señor. Así, amorosamente, fuisteis construyendo vuestra familia como esa íntima comunidad de amor y de vida que hace posible que la Humanidad entera se pueda ir configurando como una gran familia en la que reine *la civilización del amor*. Sí, queridas familias cristianas de España, en la comunión de la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, sois las imprescindibles protagonistas de la realización de ese objetivo de civilización del amor. ¿Quién, si no sois vosotras, puede hacerlo? ¡Nadie más!

Queridas familias cristianas, vosotras habéis conocido el amor que Dios nos tiene y habéis creído en él. Habéis creído en *el Dios que es Amor*. Habéis conocido *al Amor de los Amores* y querido permanecer en Él, y así permanecéis en Dios y Dios en vosotras (cf. Ef 1; Jn 4, 16). Vuestro testimonio ante el mundo y la sociedad contemporánea no es otro, ni debe ser otro, que el de que el amor es posible y que vivirlo en su plenitud es la vocación del hombre y el único criterio de verdad y de vida que puede salvarlo. Si alguien nos pregunta por el significado de esta gran celebración habría que contestarle: las familias cristianas de España

han querido ofrecer un testimonio público, festivamente expresado, de que en la experiencia cristiana de la familia se descubre, recibe y vive el gran don del amor como primicia y vía imprescindible para vivir de amor y con amor en todas las circunstancias privadas y públicas de la vida, y como la única fuerza que permite andar la peregrinación de este mundo con esperanza. «Porque amor saca amor», diría Teresa de Jesús. Ésta es la aportación siempre antigua y siempre nueva de las familias cristianas a sus contemporáneos, sean creyentes o no, y a la sociedad: el mantener siempre abierto y abonado el surco de la vida para recibir el gran don del amor y para hacerlo fecundo y activo en todos los contextos en los que se desenvuelve la existencia humana, de camino a su último destino.

Ofrecemos nuestro testimonio. No lo imponemos. Pero sí pedimos a Jesús, María y José que sea comprendido, que sea aceptado; más aún, que contribuya a que la conciencia social y la valoración cultural por parte de la sociedad española en relación con el reconocimiento del valor insustituible del matrimonio y de la familia según el proyecto de Dios para el bien de las nuevas generaciones y de su futuro, que tanto deniegan o escatiman, gire y gire pronto. Más aún, pedimos que, con vuestro testimonio constante y gozoso de la verdad, la bondad y la belleza de la familia cristiana, en la vida privada y pública, apoyados en la oración de toda la Iglesia, especialmente de sus comunidades contemplativas, seáis capaces de que se produzca una verdadera conversión de las conciencias de las personas y de los distintos grupos e instituciones sociales en su concepción y en su aprecio de la familia; que de nuevo sea vista y apreciada la familia, fundada en el verdadero matrimonio, como «la célula primera y vital de la sociedad» y «la primera e insustituible educadora de la paz»! (Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, 11; Benedicto XVI, *Mensaje Jornada Mundial de la Paz 2008*, 3); tanto en la opinión pública como en la estimación popular, en la valoración política y en la legislación del Estado.

Una marcha atrás que entristece

Nos entristece tener que constatar que nuestro ordenamiento jurídico ha dado marcha atrás respecto a lo que la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas reconocía y establecía hace ya casi sesenta años, a saber: que «la familia es el núcleo natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a ser protegida por la sociedad y el Estado» (art.16/3). Volvamos de nuevo, sin argucias dialécticas, ¡diligentemente!, a ese punto inicial del camino de lo que quiso representar una nueva civilización jurídica, capaz de garantizar y desarrollar el ideal siempre frágil y siempre urgente de la paz frente a las amenazas internas, como las del terrorismo, que siguen acechándonos en España, y las externas, como son las guerras y los conflictos internacionales.

No desfallezcamos en nuestro empeño de evangelizar a las familias españolas. Nos sostiene a todos, pastores, consagrados y fieles laicos, el amor y la gracia de Aquel que, muriendo en la Cruz por nosotros, triunfó en la Resurrección. Por Cristo salvador del hombre, con Él y en Él, se asienta y se afirma vuestra esperanza, queridas familias cristianas, y la nuestra; en la oración de su Madre y nuestra Madre, María, encuentra un precioso apoyo maternal y consuelo constante. En Pentecostés, con María, *el reino de Jesús*, tan distinto de cómo lo habían podido imaginar los hombres, inicia aquella hora irreversible de su presencia salvadora en la historia de la familia y de su renovada vocación de ser santuario de la vida y del amor que le es propia y en la que nadie puede sustituirla. Por ello podemos suplicarle hoy a María, con confianza filial, haciendo nuestras las palabras de Benedicto XVI en su última encíclica *Spe salvi*: «Madre de la esperanza, Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, a esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino»: el de ser testigos valientes y gozosos del Evangelio de la familia. Amén.